

Paloma Hernández. Licenciada en Psicología. Terapeuta humanista con formación en otras en: Terapia Rogenaria, Bioenergética, Psicomotricidad, Gestalt. Desde hace años viene combinando su trabajo de terapeuta y Formadora en Gestalt con la labor creativa en las artes plásticas y la escritura.

Se formó en talleres de escritura en la escuela Fuentetaja y en la Asociación Clave 53 con Giuseppe Domínguez. Ha publicado poemas en esta asociación en los libros colectivos “Tragaluz”. en el año 2011 y “Paso Poema” en 2017. Igualmente ha publicado diversos artículos en la revista de la Asociación de Gestalt. Recibió un premio de relato corto en la Asociación Cultural El Real de Manzanares. En la actualidad su vida transita entre Madrid y la isla de Fuerteventura.



Sinopsis

Este libro de relatos cortos se centra en lo que sucede en el encuentro con el otro. Este contacto con otra persona, que nos transforma, nos cambia la mirada, nos lleva a lugares desconocidos.

Este viaje apasionante que es la relación juman nos permite descubrir sentimientos desconocidos, que dormían en habitaciones ocultas de nuestra casa, rostros múltiples, que rompen las ideas cristalizadas que construimos para sobrevivir.

He enriquecido los relatos con algunos “Haukus”, estos poemas breves de origen japonés que su simpleza y profundidad nos traen al instante y dan volumen y brillo a la realidad.

Historias de momentos de la vida y la huella que dejaron en sus personajes. Algunos, jóvenes que, como Carmen en el Jabalí azul, al compartir una situación de miedo, vuelven a recordar algo del niño que fueron y pueden volver a jugar y crear. Otros personajes, como Manuela, ya mayores, perdieron los recuerdos y se enfrentan con una nueva etapa, de la que pueden aprender a caminar de otra manera. Y siempre están los otros, que a veces en la diferencia, son opuestos de uno mismo y representan una parte de la sombra que través del contacto profundo nos desvela una nueva verdad.

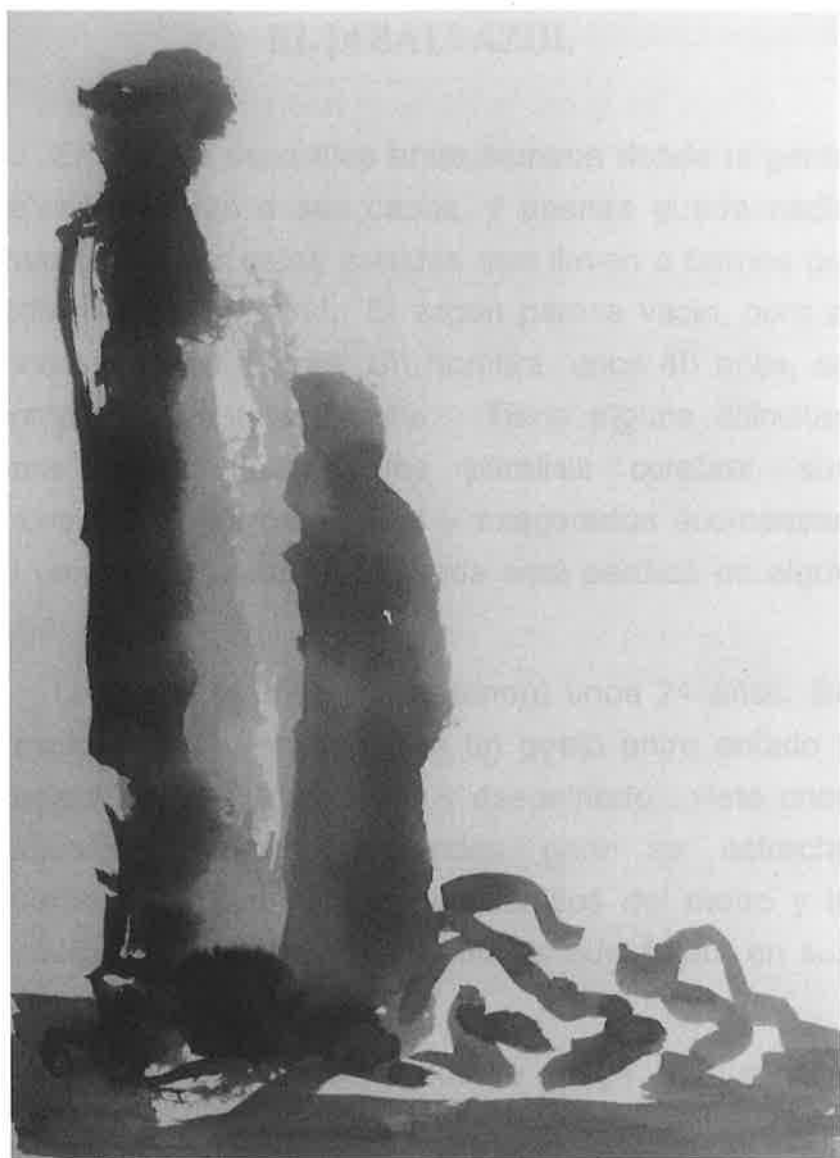
Trozos de la vida, donde estas situaciones de dificultad como en Julia, se convierten en puertas y oportunidades para que la magia nos muestre que no estamos solos, que la vida con su sabiduría nos guía por nuevos caminos.

Este libro de pequeños relatos espero que, como una colcha de Patchwork os acompañe en alguna de las tardes de vuestra vida.

EL JABALÍ AZUL

SINOPSIS

La historia se desarrolla en un vagón de metro. A última hora de la noche, en él solo quedan dos personas: Manolo, un hombre con parálisis cerebral y Carmen, una joven de aspecto desaliñado y gesto mohíno. Se produce un apagón y la incertidumbre los invade. Se encuentran atrapados, lo que da lugar a que diferentes emociones vayan surgiendo. La posibilidad de un accidente o atentado o incluso de la muerte, les lleva a transformar sus máscaras y actitudes primeras en un contacto más auténtico, rompiendo algunas capas de defensa y permitiendo que surjan sentimientos más profundos.



EL JABALI AZUL

Es uno de esos días entre semana donde la gente se retira pronto a sus casas, y apenas queda nadie transitando por estas paradas que llevan a barrios del extrarradio de Madrid. El vagón parece vacío, pero al fondo hay dos figuras. Un hombre, unos 40 años, su complexión resulta extraña... Tiene alguna dificultad para andar. Quizás una parálisis cerebral, sus movimientos a trompicones y exagerados acompañan el vaivén del metro. Su mirada está perdida en algún lugar lejano.

La mujer es más joven, tendrá unos 24 años. Se desploma en el asiento, con un gesto entre enfado y desidia. Lleva el pelo corto y despeinado, viste unos vaqueros demasiado grandes para su estrecho cuerpo... Se pierde entre los sonidos del metro y la música que sale de los auriculares que sujeta en sus orejas.

Un frenazo brusco y la luz se apaga... Un silencio inicial seguido de un alarido.

— Socorro... ¡Quiero salir de aquí...! HIII... —Con un timbre agudo y estridente grita Manolo, el hombre con parálisis.

Ella se ha quitado los cascos, dejando que el

teléfono móvil dé algo de luz a la situación.

—Pero tío, ¿qué te pasa, te has vuelto loco? No es más que una avería, no hace falta que montes un número

—¡Cabrones...! Dejarnos salir de aquí.

Carmen, se ríe a carcajadas...

—Tío, menuda importancia le das a las cosas... ¿Qué más da si pasa algo? Al fin y al cabo esta vida es un asco... No es por nada, pero tú, tan hecho polvo como estás, no sé porque te preocupas tanto.

— Déjame en paz, niñata. —Le cuesta pronunciar las palabras.

—Todos tenemos un destino, más o menos escrito y nadie nos lo puede cambiar, así que relájate, tío. Voy a ver si tengo por aquí un cigarrillo.

—No —grita— No enciendas nada, no ves que quizás haya algún artefacto a punto de estallar.

—Tú has visto muchas pelis. Esto no nos pasa a los normales... a los normales solo nos aburren los otros, nos aburrimos y aborrecemos cada momento de esta absurda existencia donde nadie nos ha pedido permiso para entrar.

—No te acuerdas de aquella vez... Atocha... Ellos

tampoco pensaban que les iba a pasar nada... ¡Tantos perdieron la vida...!

Carmen se queda pensando un momento, mira el techo. Solo hay silencio.

—Oye, tío que ya ha pasado casi un cuarto de hora y esto no se mueve, ni se oye nadie... —Inquieta, empieza a levantarse y moverse hacia la puerta, la golpea con fuerza— ¿No hay nadie ahí? Policías... —grita— Sacarnos de aquí...

—No te preocupes, ya vendrá alguien —dice, Manolo aparentando tranquilidad.

Un frío penetrante envuelve la soledad de los únicos pasajeros.

—Quiero salir de este agujero, de este asqueroso lugar de ratas... —En el vagón retumban los gritos de Carmen—.

¡Me falta el aire...! ¡No puedo estar atrapada aquí! Necesito el aire viciado de esta asquerosa ciudad... ¡Todo es una mierda...! —Comenzó a llorar, apoya la espalda en la puerta, resbala hasta dejarse caer junto al respaldo de los asientos contiguos a la salida.

Manolo saca de su mochila una serie de juguetes absurdos, cuerdas, enganches, unos pequeños muñecos, farolillos de colores y una linterna para

iluminar. Juega con sus manos y sus movimientos entrecortados, hace trucos de magia, mueve objetos creando un juego de sombras. Haciendo que aparezcan y desaparezcan pequeños objetos.

—No me hace ninguna gracia todo esto, encima de torpe es un bromista... ¡Qué horror! —Carmen se repliega en sí misma.

—El tiempo no existe... todo esto es relativo. —
Sonríe Manolo.

—Ojala no existiera nada ni nadie que nos hiciera daño y nos dijera palabras hirientes y nos pegara cuando viene borracho...—Un llanto apagado ahoga su voz— Mama, ¿por qué te casaste con ese animal de hombre?

Baja la cabeza y continúa hablando. Recuerda las habituales peleas.

Y luego Ramón, mi novio y sus frases frías y desagradables... «Nunca te quise... no eras lo que yo esperaba de una mujer... «Era un asqueroso intelectual...»

—Tantas palabras vacías que no decían nada. Pero, yo le quería a pesar de todo, su pelo negrísimo, sus ojos miopes... Ahora, la buhardilla está sola, el plato está solo... en la ducha solo está mi cuerpo y el

agua no siempre caliente. No soporto esta soledad tan densa... —Deja por un momento de hablar consigo misma para darse cuenta de la presencia de Manolo... Bueno, quizás tú no entiendes de eso.

—Oye, guapa, ¿crees que solo tenéis sentimientos los que estáis sanos? Tú piensas que yo no sé también enamorarme y querer a veces en silencio, porque no es fácil que una mujer quiera estar con alguien como yo. He tenido desengaños... Ahora, no espero nada. Solo vivo para ver a una pequeña niña que vive en mi casa y que me da la alegría. Ella juega todo el tiempo y me dice: «Manolo, te voy a regalar un poco de tiempo...» Y el tiempo se transforma cuando jugamos juntos.

—¡Una, niña! Por eso tienes todos estos juguetes.
—Los toca con cuidado.

Silencio y quietud...

—Tengo miedo... tengo mucho miedo de que nos hagan daño. A pesar de estar sola, no quiero terminar aquí mis días... no quiero morir joven. Quisiera tener tiempo quizás para estudiar, para viajar y para entender algo de esto. Y tú, ¿Entiendes algo? No nos dejan saber ni quiénes somos, ni qué queremos, solo corremos como ratas por este laberinto... Ellos. Carmen dice enfadada.

—¿Quiénes son ellos?

— Ellos, el sistema, los poderosos.

—Y Nosotros, ¿no somos responsables de no saber quiénes somos ni qué queremos?

Carmen juega con los cachivaches de Manolo...

—Quiero vivir, quiero saber lo que será de mí. Quiero ver a mi madre. Es una mujer callada y abnegada, quisiera saber lo que piensa, ella nunca nombra las cosas, ¿sabes? Hace como si no pasara nada, Su rostro siempre es el mismo, impassible, y tiene una frase amable para todos... Creo que sufriría si me pasara algo. ¿Oye, cómo te llamas?

—Manolo, o Lolo.

—Manolo, vamos a gritar los dos juntos a ver si así nos escucha alguien.

Carmen estira la mano y Manolo la ayuda a levantarse y comienzan a dar golpes juntos gritando: ¡Socorro, socorro...!

—No sirve de nada, no podemos hacer nada, solo esperar —dice Manolo alejándose de la puerta.

—Oye... ¿Me podrías dar un abrazo...? Tengo frío.

—Sí. —Carmen sonrío— Así por lo menos

estaremos juntos.... Creo que las mujeres a las que quisiste son muy afortunadas, eres una gran persona, me gusta haberte conocido. Quizás morirse con alguien es más dulce que hacerlo a solas.

—No digas eso —Manolo la mira a los ojos y afirma— vas a vivir muchos años y a estudiar y a encontrar un hombre que te quiera de verdad y no diga palabras huecas. —Le acaricia el pelo.

—Así ya no tengo miedo... —Ella se acurruca al lado de él—. Vida, muerte, quizás solo son dos partes de lo mismo. Mira, hace años me gustaba inventarme historias y cuentos. ¿Quieres que te cuente uno?

Erase una vez un jabalí de color azul. Como todo el mundo sabe, los jabalíes habitualmente dan miedo porque son impulsivos, agresivos y atacan sin piedad, pero este jabalí había nacido en una noche de luna llena y llevaba en su frente una media luna y su pelo de tono azulado. Corría velozmente por el campo y luego se paraba a contemplar las estrellas. No entendía por qué el resto de los animales y las personas se alejaban de él cuando le veían y anhelaba llegar un poco más cerca del pueblo donde habitaban las personas

Una noche entró sigilosamente en el pueblo y todo el mundo salió despavorido. Todos menos uno... Un

niño pequeño de cabellos rojizos que había nacido sin la capacidad de ver y que se quedó respirando el aroma de la noche veraniega y cuando sintió el roce del animal se puso muy contento.

—Eres un animalito de campo, y eres muy, muy suave. —El niño seguía tocando con sus manos el lomo y el hocico del animal— No sé bien qué animal eres, pero puedo sentir tu corazón y quisiera que fueras mi mascota...

Así cada noche el jabalí se encontraba con el niño que le contaba cómo eran las personas del pueblo, sus historias, la vida, los sueños, y aprendió que los humanos saben soñar y que los sueños, aunque no existan, los guían de alguna manera...

Una noche el animal soñó con unas llamas muy fuertes, un incendio. Se inquietó y se acercó al pueblo. La casa central ardía y el fuego se extendía a pesar de los intentos de todos para apagarlo. A lo lejos vio a su pequeño amigo de pelo rojizo salir de una casa que estaba a punto de derrumbarse. Con toda su potencia y velocidad, pasó entre las llamas y empujó al niño hacia un lugar seguro. El niño salió corriendo y pudo salvar su vida, abrazó a su querida mascota y juntos pudieron hablar de lo que había pasado, y desde entonces los habitantes del pueblo han aprendido a no

tener miedo del jabalí. Incluso le hicieron una estatua de bronce.

—Calla un segundo, se oyen voces en el exterior. Las puertas se abren, una luz cegadora invade el vagón...

—Hay alguien. ¡Creo que hay más personas!

